

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Madre, por D. Evaristo Fombona.—*A la señora doña María Eugenia Pando de Yarritu*, poesía, por doña Faustina Saez de Melgar.—*La Conquista de Zaragoza*, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*Un loco del Siglo XV* (se continuará), por doña Rogelia Leon.—*¡Sin Esperanza!* poesía, por D. Carlos Cano y Nuñez.—*Necrología: D. Antonio Flores*, por D. Leandro A. Herrero.—*Calor y frío*, por D. Aureliano Ruiz.—*Revista de modas: Correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—*Esplicacion del pliego de dibujos*.—*Variedades*.
Pliego quinto del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.
Pliego cuarto de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

MADRE.

¿Hay en nuestra lengua palabra mas eufónica que esta palabra? ¿Hay en nuestro corazon sentimiento más dulce que este sentimiento? ¿Hay en nuestra alma imagen más pura que esta imagen? ¡Perfecta consonancia entre la palabra y la idea! ¿Es musical el cuerpo y musical el alma? Esas cinco letras son un prodigio: son esas dos sílabas un mila-

gro. Si nuestros órganos la pronuncian, ¿qué hechizos tiene esa palabra que tanto se saborean nuestros órganos, si nuestros órganos la pronuncian? Si el corazon las siente, ¿qué encanto tienen esas dos sílabas que el corazon, al sentir las, lleno de ternura se dilata? Si el espíritu la contempla, ¿qué misterios hay en esa palabra, que el espíritu al contemplarla se regocija?

Madre es toda sacrificio, porque es toda infinito amor. ¿Algun peligro nos amenaza? Allí está para contrarrestar el peligro, fiera como una leona esa débil mujer. ¿Dónde está su debilidad? ¿Algun cuidado turba nuestro sueño? Allí está para conjurar ese cuidado nuestro ángel custodio.

Ved esa pobre cuna: son las altas horas de la noche: un día y otro día, ahí dormita todo agitado un pequeñuelo; la fiebre le devora. Todo en silencio: más ó menos tranquilos, duermen todos. ¡Todos! no duermen todos. Hay párpados que no pueden cerrarse: hay una pupila que vela: hay un corazon en angustia: hay un alma en tormento: junto á esa cuna vela una mujer. Percíbese apenas su ligero paso: comprimida su respiracion, sus sentidos no

tienen más que un objeto, ni más que un objeto su alma.

¡Vedla con qué interés clava sus ojos en el pequeño! ¡Con cuánta solicitud sigue sus menores movimientos la pobre mujer! ¡Solo la mujer es capaz de tanta abnegación, de tanto sacrificio! ¡Solo la mujer que es madre! Ella no vive, porque en aquella pobre cuna está su vida, despertada por la muerte; vive, sí, vive luchando, si vivir luchando es vivir. Y más crueles son los estragos de su ternura que los estragos de la enfermedad de su pequeño. El mejor médico de su hijo es su corazón; mejor que el médico, siente el alivio del mal; mejor que el médico, siente la gravedad de su pequeño. La ciencia penetra tanto como el instinto de amor.

«Se muere mi hijo, doctor, se muere mi hijo!» prorrumpe toda recelosa del progreso del mal la pobre madre!

«No hay motivo de desesperación, señora,» dice el doctor.

Y el hijo se muere, la pobre madre lo sabía, y la ciencia lo ignoraba. Renunciamos á describir esta escena de desolación, en cuya escena es protagonista una madre. Somos capaces de sentirla, como ella, y tenemos miedo..... á escitar ese dolor; sí, tenemos miedo.....

Evocad á Bentham y á su escuela sin entrañas, y que nos enseñen á calcular el dolor de una madre y la utilidad que de ese dolor reporta una madre. ¿Tienen corazón los *utilitarios*? ¿Hay fórmulas más cadavéricas que las fórmulas de esa escuela? ¿Qué nos enseña esa escuela?—Á materializar el alma.—¿Qué nos traen esos doctores en su moral algebraica?—El infierno de la vida; vivir, es creer y es amar; y los *utilitarios* no creen ni aman: calculan. Si hay en la tierra un sér que merezca divinización, ese sér es una madre.

Si nos presentais un grande hombre que no rinda culto á la memoria de su madre, no creemos en la grandeza de ese hombre. ¿Sabeis lo que es una inclusa? ¿Sabeis lo que es un *inclusero*?—En la inclusa no tiene encanto la vida: siempre está nebulosa la frente del *inclusero*. Esta víctima del falso honor, siente necesidad de amar, luz de su vida, y no le inspiran ese amor los seres que le rodean: rostros duros y mercenarios vió en primeras auroras, y bajo aquel cielo plomizo ni una sonrisa hubo para su alma, ni una esperanza para su corazón. Planta condenada á perpétuo invierno, ni los suspiros del

céfiro la acariciarán nunca, ni el calor del estío vendrá á reanimarla jamás. Y como el corazón que no sabe amar sabe aborrecer, el *inclusero* aborrece á la sociedad que le arrebató una madre, inmolada en el altar de su egoísmo, del egoísmo de la sociedad.

Si la fiebre del mundo nos hace olvidarnos de nuestra madre; si á un sentimiento de amor divino antepone otro sentimiento de amor humano, remitida la fiebre del mundo, sedientos de amor maternal como en los días de nuestra infancia, volamos á estrecharnos en aquellos brazos, siempre abiertos para nosotros. Entonces la conciencia nos ilumina, y el corazón esclama: «¡Bienaventurados los que han muerto en la cuna y han partido á los cielos en medio de los besos y de las lágrimas de una madre, único afecto verdadero que cabe en el mundo! ¡Para ellos la vida es el vestíbulo de los cielos!» Digresión. Hasta ahora habló el *yo*. El hijo, padre de familia, debe anteponer á todo afecto el afecto de su mujer. Sobre el amor á nuestra madre, está todavía el amor á la madre de nuestros hijos; amor íntimo, absoluto, perdurable. Constituido el matrimonio como debe estar constituido, tiene, por principio, el amor, por dogma, el Catolicismo. Ocasión tendremos de hablar del matrimonio. Por ahora dos palabras.

Antes del matrimonio vemos á un *hombre* y á una *mujer*: el primero, fuerte por la inteligencia, y la segunda, poderosa por la sensibilidad. Después del matrimonio vemos al *sér humano* reasumiendo con su unidad todas las potencias que se hallaban separadas en cada mitad de sí mismo; la inteligencia se encuentra entonces embellecida por la sensibilidad, y la sensibilidad fecundada por la inteligencia.

No parece oportuna la digresión para establecer la gerarquía de nuestros afectos.

Como modelo de madre, María al pié de la Cruz; no hay dolor que iguale á su dolor, porque no hay ternura que iguale á su ternura. Madre digna de aquel Hijo, Hijo digno de aquella Madre.

En el próximo número hablaremos de la *Maternidad*.

EVARISTO FOMBONA.

Á LA SEÑORA DOÑA MARIA EUGENIA PANDO DE YARRITÚ, Á LA MUERTE DE SU HIJO EDUARDO.

I.

Hoy duermes, hijo mío, bajo la fría losa,
El sueño de la muerte tus párpados cerró,

Y lejos de la playa del mundo borrascosa
 Habitas junto al Trono del sumo Criador.
 Tranquilo y sin pesares dejaste la morada
 Donde del día viste la rutilante luz,
 Una madre tu sueño amante y desvelada
 Quiso guardar y hallóse el fúnebre ataud.
 ¡Ay! que sus tristes ojos nublados por el llanto
 No hallaban en la vida consuelos á su mal,
 Y alzándolos al cielo en el empíreo santo,
 Miro una blanca nube de forma celestial.
 Era de su Eduardo el alma placentera,
 Envuelta de los cielos en el ropaje azul;
 Mil célicos querubens al arpa plañidera
 Sacaban dulces ecos de gloria y de virtud.

»No llores, decían,
 ¡Oh madre amorosa!!
 Que tu hijo reposa
 Tranquilo y feliz.

Miradle en un trono
 De nácar ornado,
 De flores cercado
 De lindo matiz.

Y en arpa de oro
 Cantar en las nubes
 Con bellos querubens
 Que en salzan á Dios.

En prados inmensos
 De fresca verdura
 De eterna ventura
 De paz y de amor.

II.

La voz en el éter, perdióse lejana,
 La nube su forma disipa tambien,
 Y en velos flotantes de púrpura y grana
 Contempla la madre el mágico Edén.

Enjuga su llanto, apaga su duelo,
 Sonríe escuchando tan dulce cantar;
 Con tierno cariño, con férvido anhelo,
 De su hijo en la losa levanta un altar.
 ¡Oh! vedla, ¡cuán bella la cubre de flores,
 De palmas, y ramos y verde laurel!
 Allí nos recuerda los negros dolores
 Del mundo que brinda su copa de hiel.

III.

Bien haya, madre amorosa,
 Tu inalterable cariño;
 Bien haya, mujer hermosa,

Que adornas la blanca losa
 Donde descansa tu niño.

Si ya tan crudos pesares
 Borró de tu mente Dios,
 Escuchando mis cantares
 Ven, y al pié de los altares
 Lloremos juntas las dos.

Lloremos con dulce llanto
 Consagrado á su memoria,
 Y mi plañidero canto
 Será para tí el encanto
 De esta vida transitoria.

Lloremos. Un hijo hermoso
 Tambien perdió el alma mía,
 Cual el tuyo cariñoso,
 Y aquí buscó su reposo,
 En esa tumba sombría.

Sus almas fueron al cielo
 En alas de blanca nube;
 Ellas nos darán consuelo
 Y en este misero suelo
 Nos acompaña un querube.

Dejemos el llanto, hermana,
 Por la cándida oracion;
 La resignacion cristiana
 Purísima dicha emana
 Que engrandece el corazón.

Dejémosle, y á su losa
 Llevemos flores las dos,
 Cual ofrenda cariñosa,
 De una madre que amorosa
 Busca su consuelo en Dios.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA CONQUISTA DE ZARAGOZA.

Alfonso el Batallador acababa de publicar la guerra Santa; al eco del clarín cristiano multitud de paladines acudían en torno al héroe aragonés.

Allí aparece Gaston de Bearne, Rotron de Alperche, Centullo de Bigorra y Beltran de Comenge, celebrados paladines de nuestras crónicas, con los no menos ilustres vizconde de Gavartet, el obispo de Lescars, Auger de Miramon, Arnaldo de Cavadan, enaltecidas casas del Bearne y Gascuña, que llegan gozosos á compartir los trabajos del combate con los nobles aragoneses y navarros, Almoravit, Torrellas,

Aznar, Antillon, Entenza, Eril y otros muchos, cuyos nombres nos seria prolijo enumerar.

Toda aquella hueste de francos, venida del Mediodía de la Francia, bajó como un torrente á la voz del Gran Alfonso. En Ayerve fijan su campamento, de allí se estienden cual mugidor torrente; Almudévar, lugar fuerte é inespugnable, cae en su poder despues de una vigorosa resistencia; los moros, amedrentados, huyen llanura adentro, y abandonan los lugarejos incrustados en los montes; Gurrea y Zuera ven avanzar aquel ejército colosal, y dando un suspiro humillan sus cabezas ante la vencedora Cruz, y por fin Zaragoza escucha el rugido de aquella hueste de leones.

Despues de ocho dias de combate apoderáronse los cristianos del vecino arrabal, llamado Altabas; las aldeas son saqueadas, y á cada momento entran en la ciudad familias enteras que acaban de ver perdidas sus haciendas entre los piés de los caballos enemigos; Alfonso acude desde Castilla con sus ricos-homes de Aragon y Navarra, acampa en la cercana cordillera sobre las ruinas de antiguas fortalezas que desde entonces constituyen un pueblo; los moros al divisarle esclaman con dolor:

«¡Dios lo quiere!» y este pasa á ser el nombre de aquella poblacion que en lemosin se apellida *Dius ti vol* (hoy Justivol.)

¡Cuán hermoso no parecia á los sitiadores aquel anfiteatro estendido en la opuesta orilla del Ebro, con sus infinitos torreones romanos, godos y árabes, sus minaretes elegantes con cúpulas de colores ó botareles de acero; aquellas huertas fértiles, siempre verdes; aquellos bosques de olivos; y más allá, cerrando el horizonte, aquellas interminables llanuras de esmeralda, salpicadas de alquerías y lugarejos; aquellos montes altísimos cubiertos de eternas nieves!

Era en Mayo de 1118, cuando D. Alfonso en persona comenzó el gran cerco de Zaragoza. Heróica fué la resistencia de los infieles, desesperada la defensa de aquel pueblo, que á la vez se veia acometido por el hierro y el hambre. Vano fué que los aliados extranjeros, desalentados por el valor de los moros, abandonasen el campo aragonés; solo Alfonso con sus guerreros continuó su empresa sin decaer.

El invierno se acercaba á pasos agigantados; el rey comprendió lo importante que le era hacerse dueño de Zaragoza cuanto antes, y dió el último empuje. Grandes torreones arrastrados por bueyes cubiertos de hierro se aproximaban á la muralla, y con

ingenios de fuego y truenos (espresion de los moros) las estremecian y aportillaban, mientras veinte máquinas arrojaban la muerte y la destruccion por diferentes puntos. El Ebro se cubrió de galeras llenas de armados, que con catapultas y otros instrumentos de guerra, favorecian las acometidas del ejército sitiador; el horrible cerco se estrechaba ya, la peste y el hambre contribuian al desaliento de los árabes.

Tenim, gobernador de Valencia, pónese al frente de diez mil caballos, y avanza en socorro de los zaragozanos; Alfonso lo sabe, recoge sus reales, dejando un corto número de tropas para impedir la salida de la ciudad; forma su ejército, y vuela al encuentro del enemigo que creia poder atacarle por la espalda. En los campos de Cutanda, cercanías de Daroca, avistanse las dos huestes; apenas el *Batallador* divisa el estandarte africano, álzase sobre los estribos, y al grito de ¡San Jorge y Aragon! lánzase él primero, como de costumbre, contra aquella muralla de hombres y caballos. El choque fué espantoso. La victoria, en esta batalla, como en otras muchas, ciñó de verde laurel las sienes del gran Alfonso. Roto y deshecho el ejército musulman, veinte mil cadáveres sirvieron de sangrienta alfombra á los vencedores; entre los que rodaron sin vida en esta famosa jornada, cuéntanse á Ben-Alary, al alfaquí Amed-ben-Ibrahim y otros muchos cadíes, jeques y walíes de las tierras valencianas; el mismo Temin debió su salvacion á la ligereza de su corcel.

Zaragoza esperaba con ansiedad el resultado de esta lucha, porque en ella jugaba el todo por el todo: ya tal vez habian recobrado los árabes esperanza, cuando se presentó de nuevo ante ellos Alfonso.

Días hubo en que los cristianos llegaron á penetrar en la poblacion, y hasta hacerse dueños de determinados puntos, sin que por eso amenguase el valor de los defensores. El bravo conde de Alperche, al frente de sus tercios catalanes, desembarcó junto á la muralla del rio, y por entre una granizada de proyectiles avanzó hasta el pié de la misma. ¡Horrible fué aquel momento! El caudillo cristiano temolaba un estandarte donde se veian las sangrientas barras, y en el reverso una imagen de Nuestra Señora de Montserrat. Los moros que coronaban los torreones de aquel punto, arrojaban sobre él piedras enormes y gran cantidad de alquitran y aceites hirvientes; los catalanes, al abrigo de sus escudos, lograron arrimar al muro las escalas, y siguiendo á

su noble jefe, pusieron al fin el pié en lo alto de las trincheras. Una carnicería espantosa siguió á aquella heroicidad. El conde de Alperche se posesionó de un callejón que comenzaba en el punto asaltado, y de él no pudo ser arrojado, á pesar de los esfuerzos de la morisma aterrada.

Conseguido esto, y estrechada cada vez más Zaragoza, no tuvo más recurso que enviar sus embajadores á Alfonso para tratar de la entrega. Las condiciones puestas por el aragonés á la ciudad heroica fueron honrosísimas. Entre las franquicias concedidas á los vencidos se hallaba la seguridad de vidas y haciendas, y la libertad para habitar en barrios propios.

El 18 de Diciembre de 1118, y en el morisco palacio de la Azuda, fueron firmadas las capitulaciones. Alfonso acababa de pulverizar aquella vasta monarquía árabe, que hacia tantos años se hallaba orgullosa en las floridas riberas del Ebro.

Los cristianos penetraron en la ciudad; los moros principales fueron á buscar el consuelo de su desdicha bajo los arrayanes de Valencia ó las palmeras de Murcia, y el desventurado Aínad-Dola corrió á esconder su vergüenza tras los muros de Albarracín, donde falleció once años después.

Tomada Zaragoza, el magnánimo Alfonso no dudó en recompensar á todos aquellos caudillos que le habían ayudado en tan colosal empresa. El Conde de Alperche recibió en donación un barrio entero; al de Bearne dió también ciertos barrios de la ciudad; purificó la mezquita principal; proveyó la restaurada Sede episcopal con el prelado Pedro de Librana; erigió y dotó numerosas parroquias; dictó leyes, otorgando privilegios insignes á la nueva capital, y declarando infanzones é inmunes de todo impuesto á sus moradores.

Tal fué el término del formidable reino musulmán en la España oriental; de aquel Estado poderoso que extendía sus límites á Guadalajara, Medinaceli, Rueda, Roda, Calatayud, Tudela, Huesca, Barbastro, Lérida y Fraga, y, comprendiendo lo menos las tres cuartas partes de Aragón, seguía por las alturas de Cataluña y Navarra, hasta los llanos de Castilla.

JOAQUÍN TOMEO Y BENEDICTO.

UN LOCO DEL SIGLO XV.

I.

EL MAL DEL PUEBLO.

La niñez bien educada es tan inocente y hermosa, como suele ser desapiadada y dura la que ha vagado por las calles, ha conversado con los malvados, y ha visto esas escenas repugnantes y duras, que representan los seres vagabundos cuando se entregan al vino y á la corrupción.

Esos pequeños niños, esas tiernas y angelicales niñas que sus padres dejan con descuido vagar á todas horas por las plazuelas y sitios más públicos ó más retirados de una población, adquieren maneras y costumbres descompuestas y brutales, que más tarde serían difíciles hacer desaparecer, aun con el esmero más solícito, ni la más recogida educación.

Lo hemos dicho más de una vez, y no nos cansamos de repetirlo; ese pueblo, á quien los orgullosos suelen bautizar con el epíteto insultante de *canalla*, las personas algo más sensatas, con el nombre de *vulgar*, y la parte buena y sensible del mundo, con el de *seres desgraciados*, á quienes se debe amar y ayudar en sus infortunios; ese pueblo, repetimos, tiene excelentes instintos, y es capaz de todo lo noble y grande, si se le enseñase á razonar y á sentir, y se le hiciesen ver con lecciones constantes y llenas de religión y piedad, el fruto que reporta el bien y la virtud, y los males que proporciona la disolución y el vicio.

¿Pero quién piensa en ello siquiera?

Relegados los hombres á sus ambiciones y sus tiranías, á su propio interés y su culpable avaricia, solo se ocupan de sí mismos, solo piensan en las gradas del poder, fijos siempre sus ojos en el más alto puesto, y su corazón devorado por la envidia de que otro llegue á cubrir los escabeles que él no ha subido.

Los corazones metalizados y fríos, las mentes llenas de ideas más altas aun en sus deseos de medrar, que los mismos cielos, no pueden fijarse ni descender hasta el pueblo.

Cada hombre se encuentra en estado de abstracción completa, como no lo estaría Atlas cuando inventó la esfera, ni Jubal, cuando sacó los primeros sonidos musicales, ni Prometeo cuando hizo saltar de la piedra las chispas para gloria y apogeo de la luz artificial.

El hombre solo piensa en sí mismo. Su elevación cree que es la elevación del universo. Su riqueza, la totalidad de las clases necesitadas, y su instrucción y su apogeo la base y fundamento de las sociedades; pero nada de esto sucede por desgracia; porque guarda su oro con avaricia, su elevación con orgullo, y su instrucción y su felicidad apenas le bastan á sí propio.

Mira al pobre con desprecio; al ignorante, con hastío, y al desgraciado sin piedad.

Encuentra esa turba de niños que mañana serán hombres, que formarán los pueblos, y los deja perdidos, vagabundos, vagar por las calles, insultando la vejez con sus gritos y sus burlas, apedreando al pordiosero, á la vez que al perro leal que guía al infeliz que ha perdido la vista, y apostrofando al imbécil que, falto de luz intelectual, demanda la compasión en vez de la dureza.

Nada más frecuente que ver una turba feroz de esos muchachos abandonados, perseguir una miserable y harapienta mujer, apedrearla y escarnecerla, ó dejarla al fin para cebarse en otro sér que sufre como ella, y que es víctima de la miseria y el escarnio á la vez.

La vista de alguna de estas escenas sería sin duda la que hizo que un célebre escritor pusiera en boca de un bufon esta blasfemia:

«Acate á Dios el que á su imagen hizo:

La vida que me dió es un anatema,

Mirad vos si es del cielo aqueste hechizo.»

Un sér raquítico, contrahecho, deforme, es siempre el blanco de esos mal educados niños, que le persiguen y le acosan por solo el delito de no ser hermoso.

Esto lo vemos con dolor aun en las personas adultas. Ridiculizar el infortunio, es una maldad horrible; y perseguir y tiranizar la miseria y la vejez, es la mayor de las culpas que se cometen en el mundo.

Pero se ven estas escenas á sangre fría, se contemplan estos desmanes, y se dejan.

Los padres ven que sus hijos se burlan y atropellan las canas y el infortunio, y sonrien de la gracia con que cometen pecado tan horrible.

Las mismas autoridades pasan junto á estas culpables turbas que denunciarnos, y apenas las miran ni menos procuran su corrección.

Parece que aquellos niños no han de formar nunca parte de la masa social, y se les deja entre-

garse primero á la burla, luego á la crueldad, y más tarde acaso á la torpeza y al crimen.

Pero esto, ¿qué importa? Viva cada uno soñando con sus tesoros, otros con sus ambiciones y devaneos, y edúquese el pueblo como el tigre en medio de sus bosques, ó como el lobo en su oscura guarida.

Este ha sido y será siempre el mal de las naciones; este el origen de los grandes desmanes y aflicciones, y este es y será el pecado mayor de las generaciones y los pueblos.

EL PORDIOSERO.

II.

Á principios del siglo xvi, recorría las calles de Granada un hombre nada más que entrado en la edad viril, pero que parecía un anciano. Su nacimiento había sido en el siglo xv, y algo lejos de la Andalucía, pues ni era siquiera español.

Se llamaba el *pobre Juan*, y había visto la primera luz en Montemayor el Nuevo, que, como es sabido, es una villa de la orgullosa Portugal.

Unos decían que aquel hombre había sido pastor y que había pasado su niñez en Castilla guardando ganado, y otros aseguraban que había servido en el ejército contra las tropas francesas.

No faltaba quien afirmase también, que había estado en Alemania á las órdenes del conde Álvarez de Toledo, y que había hecho la guerra á los turcos, defendiendo al emperador Carlos V; pero es lo cierto que este pordiosero singular á nadie contaba su pasado, ni hacía ostentación jamás de sus méritos y fueros, ni nadie verdaderamente le conocía.

Con un palo en una mano, y una cesta ó capacho de esparto en la otra, recorría unos días la ciudad y otros iba á los pueblos vecinos, implorando la caridad pública.

Por las noches se le veía tornar, é internarse en los barrios más pobres, como eran los de algunas alturas, al pié de los cuales se asienta la parte más rica de Granada, y al nacer la aurora, volvía á descender á la ciudad y á emprender de nuevo su ordinaria faena.

Un día que llegó á una casa opulenta á pedir limosna, se detuvo ante la reja interior de un patio, y por las celosías pudo ver que un jóven y hermoso caballero se paseaba con agitación.

Después observó que llegaba de vez en cuando á una mesa y abría una caja, donde parecía tener joyas de mucho valor. El caballero las miraba, las re-

volvía y las volvía á mirar, exclamando: —¡Soy perdido! ¡Las joyas de mi bella esposa, no bastan para pagar los acreedores!

Y cuando decía esto, miraba á un pabellon, en cuyo interior se distinguía una bella dama, con un traje blanco. La dama salió al fin, y arrojándose en brazos del caballero, le dijo con amor y fé:

—No temas, esposo mio; he estado orando, y Dios nos socorrerá.

—¡Oh! tu oracion es santa, esposa mia; pero mis locuras y desmanes, que nos han traído á esta situacion, hará que el Señor desatienda tu súplica.

—¿No me has dicho que estás arrepentido? replicó ella estrechando su mano.

—¡Oh! ¡sí! si esposa mia!

—Pues entonces, confia en la Providencia, y ella nos abrirá camino, no lo dudes.

—Nuestro hijo llora, dijo él de repente, señalando el pabellon.

Con efecto; los tiernos ayes de una pequeña criatura se dejaron oír, y ambos esposos se precipitaron á acariciarle.

Ella se lanzó primero, y él, caminando maquinalmente para seguirla, decía:

—¡Hijo de mi corazon! ¡Mañana acaso no tengas pan! ¡Y yo! yo soy quien causa tu ruina! . . .

El niño calló, y todo quedó mudo y solitario.

Entonces el pobre, que todo lo habia oído y visto desde la celosía, se adelantó con cautela, entreabrió la puerta de aquella gran sala, y, deslizándose sin sentir por una alfombra de suave lanilla encarnada, llegó á la mesa donde estaba la caja de las joyas, la abrió, y metiendo dos ó tres veces las manos en un bolsillo que llevaba en el lado del pecho, pareció que habia estraído las joyas y habia dejado aquella familia en mayor afliccion.

Luego, con más sigilo y precauciones que antes, salió de la estancia, y se encaminó á la calle; pero meditando si entraria otro que no fuese él en aquella descuidada casa, dió tres aldabonazos en la puerta, con una fuerza tan atroz, que la dama y el caballero salieron asustados á reconvenir al que así llamaba; pero al ver que era un pobre y que les pedia limosna, la buena señora sacó de una bonita limosnera que llevaba á la cintura con cordon de oro, una pequeña moneda de plata, y dándosela al pobre, exclamó:

—¡Hermano, pedid por mi único hijo, que mañana será tan pobre como vos!

El mendigo miró al suelo, y dijo á la dama:

—¡Solo Dios sabe lo que ha de suceder! y desapareció.

Al mismo tiempo, el caballero daba un grito terrible, y decía:—¡Detened á ese hombre!—¡Detenedle por Dios!—Pero el pobre ya no estaba allí.

La dama volvió asustada, y mirando á su marido le preguntó qué sucedía; pero él, abrazándola locamente, exclamó:—¡Que somos felices! ¡Que hay aquí oro para pagar nuestras deudas, y que no sé quién lo haya puesto en este lugar!

Con efecto: además de las joyas, habia en la caja dinero bastante para lo que el desesperado caballero necesitaba.

Entonces la dama, arrastrando á su esposo ante un Crucifijo, le hizo orar, diciéndole:

—«¡Quien á Dios busca, á Dios halla! Ese pordiosero á quien socorrí, me pareció la Providencia. Y ambos oraron, y despues fueron á abrazar á su hijo de nuevo, diciendo entre gozosas lágrimas:—¡Nos hemos salvado!

Entretanto el pordiosero corria como frenético por las calles; y llegando á una plazuela donde habia una fuente se lanzó á beber agua, y despues, como se creyese solo, golpeó su cabeza sobre las piedras, diciendo:—¡Soy malo, soy perverso! ¡soy pecador! ¿por qué, Dios mio, dispensais tantos favores al que, como yo, solo vive en la culpa?

Y hubiera seguido golpeándose de ese modo, á no llegar una turba de malvados muchachos, que, en vez de separarle para que no se martirizase más, le quisieron arrojar al lodo y le maltrataron y golpearon, diciéndole á grandes gritos:

—¡El loco! ¡el loco! ¡atar á ese loco! ¡atar á ese loco!

Y desgarrando más de lo que estaban sus vestidos y llenándolos de fango cuanto pudieron, le siguieron por las calles de la ciudad, persiguiéndole tan inhumanamente, que no le dejaron hasta que el infeliz rendido se metió en una casilla de la Alcazaba, cuyos moradores cerraron la puerta, diciendo:

—¡No hay que ofender á Juan de Dios, que tanto mira por los pobres!

—¡Oh! no me digais Juan de Dios, que aun no he ganado ese título, dijo aquel hombre singular, y se arrodilló delante del maestro Juan de Ávila, padre predicador, á quien llamaban el *Apóstol de Andalucía*, que habia venido á aquella pobre casa en socorro de una familia desamparada.

—Mas que eso mereces, Juan de Dios, repitió el sacerdote; y bendiciendo su frente, le dijo:

—Tú eres de los escogidos por el Padre para hacer la felicidad de sus hijos (4).

EL LOCO.

III.

Á los pocos días de este hecho singular, se veía á Juan de Dios trabajar como albañil en una famosa casa que se construía, é ir por las noches á llevar su jornal á una casa de otra familia, bien nacida y acondicionada, que habiendo venido en desgracia, no por devaneos ni locuras, sino por contrariedades de la suerte, se veía en la mayor necesidad.

(Secontinuará.)

ROGELIA LEON.

¡SIN ESPERANZÁ!

A MARÍA.

Si alguna vez, María, el desconsuelo
Roba la risa de tu labios rojos,
No aumentes tu desvelo
Con llanto amargo; los serenos ojos
Fija en el puro azul del claro cielo
Ó en el boton de las fragantes flores
Al manso arrullo de la brisa abiertas;
Más no en tu pena llores,
No en tu acerbo dolor lágrimas viertas
Al recordar tus dichas fugitivas:
¡Ay! las lágrimas vivas
Son el sepulcro de ilusiones muertas...!
¡Vive, vive dichosa!
¿Qué angustia, qué dolor turbar podrian
Tu paz tranquila, tu serena calma,
Si la casta inocencia de tu alma
Los ángeles del cielo envidiarían?
Nunca el pesar te abrume
Que hoy en mi pecho mora;
Nunca el dolor que fiero me consume
Imprima en ti su huella asoladora;

(1) Todo lo que vamos refiriendo es tan verdadero, que lo conservan escrito unos señores de Granada, desde la época en que San Juan de Dios vivió y murió en esta católica ciudad.

Nunca mires pasar, hora tras hora,
Con impaciente anhelo,
Los tiernos años de tu dulce vida;
Ni inclines abatida
La casta frente al suelo
Mirando en gérmen tu ilusion perdida.

¡Vive, vive dichosa!

No el recuerdo de un triste te atormente;
Alza la pura frente,
Alza el rostro sereno
Y la dulce mirada placentera;
No agite tu albo seno
De nuestro amor la historia lastimera,
Y si hiere tu mente
Del pasado feliz un eco vago,
Olvidale pensando en el presente
Y sé dichosa con su dulce halago.

No ya tiernos cantares
Brotarán de mi lira abandonada,
Al olvido entregada;
No ya mis esperanzas, mis pesares
Te contaré como en mejores días,
Ni el suspiro de mi alma enamorada
Irá á turbar tus goces y alegrías.

Hoy que inflexible el áspero destino
Me arroja de tu lado,
Errante peregrino,
La tierra cruzaré de ti apartado.

En el alma grabada
Eterna vivirá tu imagen bella,
Y si te encuentro.... besaré tu huella
Sin pedir á tu amor una mirada....!

Adios, mujer, adios; ni una esperanza
Conservo en mi amargura.
El porvenir que miro en lontananza
Solo ofrece á mis ojos
La triste tumba oscura,
Que guardará ignorados mis despojos,
Cuando, rota la cárcel que hoy le encierra,
El espíritu mío
Tiende libre su vuelo
Por la region inmensa del vacío.

Feliz si en tu mejilla
Entonces una lágrima de amores
Á mi recuerdo brilla,
Con muda pena.... pero no, no llores;
Mira el azul del cielo,
Mira el boton de las fragantes flores

Y en éxtasis sumida
No acibare jamás amargo duelo
Las dulces horas de tu dulce vida.

CÁRLOS CANO Y NUÑEZ.

NECROLOGÍA.

DON ANTONIO FLORES.

A su debido tiempo fué anunciada en estas columnas la muerte del fecundo, elegante y distinguido escritor Sr. D. Antonio Flores, y si antes no hemos tomado la pluma para rendir tributo de amor y veneración á la memoria del amigo que nos honró con su benevolencia y aprecio, fué porque la nueva de esta pérdida irreparable para las letras y para la sociedad de la patria embargó nuestra alma con dolor tan profundo, que aun hoy mismo, á pesar del tiempo transcurrido, labra en ella con tenaz insistencia, y no puede encauzar el raudal de sus lágrimas ardientes. Aquellos que tuvimos la ventura de tratar de cerca al inolvidable amigo, cuyo prematuro vuelo á otro mundo mejor nos ha dejado sumidos en una noche de tristeza y amargura, sabemos bien hasta dónde llega el valor de la pérdida que lamentamos, y cuán difícil es de llenar el vacío que deja en el mundo literario, donde alcanzó reputación de ingenio esclarecido, pensador profundo, y hablista consumado entre sus contemporáneos.

Y no es menor, por cierto, el que deja en el mundo social, donde es rarísimo privilegio encontrar hombres de su talla, tan cumplidos caballeros, tan modestos, tan sóbrios, tan sencillos, tan indulgentes y tolerantes con las faltas y con las opiniones de los hombres, logrando por este medio captarse la estimación de todos, el aprecio general, y hasta la benevolencia de sus enemigos.

Si el estilo es el alma, como afirman los filósofos y los grandes pensadores, basta leer las obras que nos ha dejado este distinguido publicista para convencerse de la honrada intención que entraña en ellas, de los sentimientos sublimes que las han inspirado, de la probidad, de la bondad, de la filantropía que brillaban en aquel espíritu noble y superior, que parecía vivir en medio de una región serena.

Su pluma, como una de esas perlas que no se disuelven en el fango, parece haber tenido la millagrosa fortuna de tocar todas las heridas del cuerpo social, sin anegarse nunca en su gangrena y podre-

dumbre, sin rebosar en odio ni en malevolencia, sin exhalar veneno, sin blasfemar contra las cosas santas y venerandas, y sin perturbar los altos intereses de la familia, de la sociedad y de la patria.

La ciudad de Elche, (provincia de Alicante), tuvo la gloria de verle nacer, y á la edad de diez y seis años, por vocación decidida se consagró á las letras, sin perjuicio de hallarse dedicado á una carrera científica, y comenzó á escribir en periódicos literarios, siendo apreciada su colaboración como la de los escritores más distinguidos.

Desde aquella época hasta su entrada en Palacio, escribió en *La Nación* antigua, en *La Época* y en *La América*; pero bien pronto, anhelando separar su mente de los lodazales de la política, apartándose de esa avalancha de inmundicia que anega en mares de rivalidades y de odios á los partidos beligerantes, se restituyó por completo á las letras patrias, cultivando su talento con el estudio de nuestros clásicos, cuya erudición soberana é invención peregrina se propuso por modelo, llegando á imitarlas con habilidad portentosa y suerte felicísima.

Fundó y dirigió con gran aplauso los periódicos *El Laberinto* y *El Chocolate*, dando á luz en este último la *Historia del matrimonio*, colección de cuadros trazados con discernimiento, corrección y gracia chispeante, y de los cuales se han hecho numerosas ediciones.

Escribió además la famosa novela *Fé, Esperanza y Caridad*, que puede figurar en primera línea entre las mejores de nuestro moderno renacimiento literario. Á esta siguieron los *Doce españoles de brocha gorda*, la *Crónica del viaje de SS. MM. y AA. á Aragón, Cataluña y las Baleares*, y en último término, la de *Ayer, hoy y mañana*, obra filosófica, amena, interesante, trascendental, desarrollada con vasto talento, y acabada afortunadamente antes de su muerte para pasar á la posteridad, y prestar lustre al blason de nuestras glorias.

En fuerza de su mérito y de sus prendas relevantes llegó el Sr. Flores á alcanzar señaladas y honrosísimas distinciones, sin llegar á ellas por el camino de la intriga ni del favoritismo, antes bien mereciéndolas por su honrada independencia, por su acrisolada hidalguía, y por su desinteresada abnegación. Así fué distinguido por S. M. la Reina con el nombramiento de Secretario de la Intendencia de la Real casa y patrimonio, y con el de caballero comendador de la Real y distinguida Orden española

de Carlos III. La Sociedad Económica Matritense de Amigos del país tuvo el honor de contarle también entre sus miembros.

Los laudables esfuerzos del Sr. Flores, su vida inmaculada, el acendrado patriotismo de que siempre dió pruebas en toda su carrera, hacen que se le deba considerar como á benemérito de la patria, siendo acreedora su familia á la protección del gobierno, y en especial á la de nuestra augusta soberana, cuyo maternal y delicado corazón no podrá mirar con indiferencia la orfandad del hijo de un ingenio tan esclarecido, y de un hombre que en vida se distinguió por su adhesión al trono, por su inquebrantable amor á la dinastía, y por su inalterable consecuencia.

El Sr. Flores murió á la edad de cuarenta y cuatro años, precisamente en el tiempo en que podía recoger los frutos de sus afanes, y cuando le sonreía un porvenir halagüeño y feliz, garantizado por su gloria de escritor, por el aprecio público y por la estimación general. La patria ha perdido una de sus más grandes esperanzas; la sociedad un ciudadano honrado, pundonoroso, leal, amable y cumplido caballero: su familia un padre tierno, bondadoso y cristiano y sus amigos un hombre á quien adoraban, de quien tenían siempre algo que aprender, y cuya memoria jamás podrán olvidar.

Al bajar á la tumba arrastró consigo nuestras ardientes simpatías, y cerca de ella nos verá con frecuencia desde la mansión de la gloria, regando con el llanto de nuestros ojos las flores que en torno han sembrado la piedad, que no se marchitará nunca, como nunca se borrará su memoria de nuestra fantasía.

Descanse en paz.

LEANDRO A. HERRERO.

CALOR Y FRIO.

(ARTÍCULO DE LUJO).

El calor y el frío, el recuerdo y el olvido, la dicha y la desgracia, así como el placer y el hastío, como la juventud y la vejez, como la vida y la muerte se producen por la acción del tiempo, de una manera inmutable, que se presta á consideraciones varias y á reflexiones filosóficas de las más altas y trascendentales consecuencias.

El calor como la juventud, la dicha como el placer, el recuerdo como la vida, marcan en la naturaleza de los seres el estado complementario de algunas ó todas las facultades físicas y morales ó fisiológicas, y la situación del ánimo en las operaciones racionales.

El frío como la vejez, la desgracia como el hastío, el olvido como la muerte, es el pánico, la disminución, la indiferencia, la sustracción total ó parcial del movimiento orgánico, que se produce igualmente con más ó menos intensidad absoluta, con mayor ó menor brevedad relativa, en el estado general de la naturaleza humana, según sus diferentes y encontradas sensaciones, ó sus variedades estimulantes.

El calor regula las acciones del hombre, vivifica la naturaleza generadora, hace germinar las plantas, madura los frutos de la tierra, da cantos y arrullos á las aves del cielo.

El frío por el contrario: entumece los miembros, seca la vegetación, quema las plantas y amedrenta los pájaros.

El calor presta interés á todas las cuestiones, hasta las más insignificantes.

El calor es para el tribuno la lucidez, el entusiasmo, el arrebato, la ovación y el triunfo.

Para el poeta y para el artista es la inspiración, la gloria, la inmortalidad.

Para el justo es la revelación.

Para el enamorado es el fuego.

Para el amor es el incentivo.

No se concibe á un orador frío.

No se comprende un enamorado frío.

Ni se explica un poeta frío.

Porque el frío es la antítesis del amor, del discurso y de la poesía.

La inspiración, la verbosidad, el sentimiento, necesitan para ser estar templados al calor de la imaginación.

El fuego del alma es al cuerpo lo que el sol es á la tierra.

Sol y luz es vida y alegría.

Fuego y amor es sol y luz.

La influencia del clima en la naturaleza del hombre es decisiva, y decididamente incuestionable.

El hijo del Norte es frío como el clima en que ha nacido; razonador, austero, nebuloso hasta en sus creencias; calculador hasta en sus pasiones.

El tipo del Mediodía es entusiasta, impresionable, fogoso; ardiente en sus pasiones, en sus creencias;

en su fé; ama cuanto le fascina, y le fascina cuanto le habla á su mente y á su corazón.

Entre las nieblas del Rhin, entumecidos con el frio del Norte, nacieron los *Cuentos fantásticos* de Hoffman, y las melancólicas *Baladas* de Heine.

El *Fausto* es una creacion puramente del Norte.

Mefistófeles es un demonio *helado*.

Al Norte le presta carácter propio la *ciencia* y el *estudio*.

Bajo el brillante sol meridional, entre frondas y pájaros, auras y fuentes, canta el Petrarca sus amores á Beatriz, crea Calderon sus *Tapadas*, Rafael sus *Madonnas*, Murillo sus *Virgenes*, y sus *Monjes* Zurbarán.

La revelacion del carácter meridional es el *génio* y el *arte*.

El calor *crea*: el frio *mide*.

En las noches de estío, cuando la luna fulgura sus rayos plateados sobre la tierra enjuta y adormecida, y la brisa embalsamada y fresca viene á secar en nuestra frente el sudor del caluroso dia; ¡qué plácidos ensueños de amor y de gloria, de dicha y de bienestar llenan los dilatados espacios de nuestra imaginacion!

De estas horas de armonía, ha nacido la poesía oriental.

En las tenebrosas noches del invierno, cuando el huracan rebrama enfurecido azotando los secos troncos de los árboles y gimiendo en las altas torres, y la lluvia menuda y fria humedece el aire que respiramos, el alma se recoge amedrentada en sí misma, buscando un refugio á su tristeza en el estudio y en la meditacion.

De estas horas interminables de recogimiento y soledad, ha nacido la filosofía alemana.

El frio *seca*; el calor *sponja*.

De la diversidad de climas, nacen diversidad de tipos, diversidad de caracteres, diversidad de ideas, diversidad de costumbres, diversidad de pasiones.

Cada pueblo tiene sus pasiones, sus costumbres, sus ideas, su carácter, su tipo.

El clima es la revelacion de estas sábias manifestaciones en el órden físico de la naturaleza esterna.

Los cantos de Antar brotan del desierto; se mezclan al ruido del semun; los recoge el oído del elefante; los aspira el aliento del leon; y sobre la arena pulverizada, los imprime un sol de fuego.

La guerra y el amor, es decir, la gloria y la luz,

son las irradiaciones de los pueblos del Oriente.

Bajo las brumas del Támesis, impregnadas de vapores mefíticos, en dias crepusculares y noches cavernosas, canta Byron; y su canto, es el esfuerzo gigantesco de la duda y de la incredulidad.

Los génius del Norte, son los génius de la sombra.

El sol, ó lo que es lo mismo, el calor, es la vida.

La sombra, ó lo que es igual, el frio, es la muerte.

La duda y la incredulidad es sombra.

El que contempla la naturaleza en toda su esplendidez; el dia en toda su plenitud; la noche en toda su magnificencia, no puede dudar, ama, y el que ama, cree.

El calor es la vida del cuerpo.

La luz es la vida del alma.

Dios es la luz.

AURELIANO RUIZ.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Setiembre declina, pero el sol nos acaricia como en Agosto. Los trajes de verano prolongan este año su reinado, y el foulard se despacha como en su plena estacion; pero lo más prudente es escoger medios colores, que pueden llevarse por más tiempo. Los fondos grises en todas tintas desafian al polvo, y son sumamente buscados para trajes de paseo, y los fondos blanco ó vapor constituyen encantadores trajes de noche. El verde luz es magnífico, aun en medio del dia.

Los encajes Cluny completan admirablemente un traje, ya sea de salir ó de sociedad; recomendamos para los primeros los cinturones del mismo encaje que componen por sí solos todo un adorno, por su anchura, belleza y magnífico dibujo; despues las vestas que producen tan sencillo y lindo efecto sobre un cuerpo escotado. Los espléndidos encajes formarán ricos guarnecidos de vestido, pudiéndose escoger para estos últimos las tunicas levantadas sobre el lado por medio de un cordón.

Las rotondas y los chales ofrecerán una magnífica coleccion de dibujos de estremada riqueza y de buen gusto irreprochable.

Se prepara como novedad para niña el sombrero Mandarin: es la forma de sombrero de todos los chinos de mampara, lo cual no impide pueda llegar á ser en manos hábiles un maravilloso prendido. El

tricornio es una fantasía que sienta admirablemente á las pequeñuelas de cinco á seis años.

La paralización de la moda con motivo de la prolongación del calor nos obliga á terminar esta corta revista, no sin mencionar primero algunos modelos de sombrero de señora, que lo merecen, y que hemos visto en casa de madame Grenet (Puerta del Sol, 44).

Uno Imperio en crin negra con bavolet igual y coronado de amapolas dispuestas sobre la cima; iguales flores en el interior y bridas de tafetan encarnado.

El mismo en paja con corona de acianos y bridas azules.

Y otro en tul bullonado con una cinta rosa por detrás á guisa de bavolet, que forma bridas en el interior. Sobre el lado del fondo una pequeña mazorca de rosas, aminorándose de alto á bajo de modo que forma una semicorona.

No terminaremos sin recomendar á nuestras elegantes que visiten los establecimientos de la señora doña Francisca Bueno (Carretas, 39, principal izquierda), y tienda del *Ramillete*, donde hallarán preciosas novedades de entretiempos y magníficas confecciones, en trajes, adornos, sombreros y ropa blanca, que serán de su agrado.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

Número 1. Babero para niño.

Números 2 y 3. Gorra de tres piezas para niño recién nacido. Puede bordarse en aplicación de nan-zouk sobre tul de Bruselas.

Números 4 y 5. Juego de cuello y puños, bordado sobre batista á plumetis y guarnecido de un encaje.

Números 6 y 7. Otro juego de cuello y puños.

Números 8 y 9. Otro bordado sobre muselina á plumetis, guipur y punto de armas.

Número 10. Punta de pañuelo, á plumetis minuto y feston.

Número 11. Otra, aplicación de batista, sobre tul de Inglaterra.

Número 12. Otra, á plumetis y feston.

Número 13. Otra en aplicación y plumetis.

Números 14 á 18. Escudos para estos pañuelos.

Número 19. Otro escudo bordado á punto ruso con algodón negro.

Número 20. Dibujo para velo, en aplicación.

Número 21. Dibujo soutache para enaguas, de color, ó blancas con trencilla negra.

Números 22 á 26. Entredoses para ropa blanca.

Números 27 á 30. Nombres para pañuelos.

Números 31 á 34. Letras para mantelerías.

Números 35 á 41. Iniciales y cifras enlazadas para marcar ropa blanca.

Número 42. Cifra con una corona de conde.

Números 43 y 44. Dibujo soutache para trajes de niños.

GANASTILLO DE LABOR.

Hé aquí una bolsa elegante y de mucha utilidad, donde las señoritas pueden guardar los utensilios de costura. Para hacerla, se borda en tapicería, ó al pasado, sobre cañamazo grueso, un cuadro que tenga 35 centímetros de largo y 25 de ancho. Se forra con percalina, y se dobla según lo indica el dibujo, colocando antes un cartón entre el forro y el bordado para dar fuerza á la canastilla. Luego se hace un saco de tafetan ó raso y se une la estremidad con las orillas de la tapicería, colocando encima un ruche de cinta con un lazo en las estremidades, que cubra los frunces del saco.

Para hacer las asas, se bordan dos tiras en cañamazo, reproduciendo en pequeño el dibujo del canastillo; se forran y se guarnecen en cada lado con una presilla y se colocan en el lugar indicado.

PATRONES

El segundo lado de este pliego contiene patrones de camisa y de pantalón para señora.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.